

José Luis Villanova Valero

Los interventores
La piedra angular del Protectorado
español en Marruecos

edicions bellaterra

Índice

Abreviaturas	9
Prólogo	11
Introducción	17
1. La organización político-administrativa del Protectorado español en Marruecos	19
2. Objetivos y advertencias	22
1. La organización de la Intervención	27
1.1. La Policía Indígena: antecedente del sistema de Intervención	28
1.2. Establecimiento y desarrollo de la Intervención	37
1.2.1. Las primeras disposiciones para implantar la acción interventora	37
1.2.2. La militarización de la Intervención	40
1.2.3. Los esfuerzos de la II República para proporcionar carácter civil a las Intervenciones	48
1.2.4. El Servicio de Intervenciones bajo el régimen franquista	54
1.3. Intervención o gobierno directo	60
1.4. Intervención Militar o Intervención Civil	69
2. Funciones de los interventores	91
2.1. La labor interventora inmediatamente después de la pacificación	92
2.1.1. La acción política, social y material	94
2.2. La labor interventora una vez asegurada la pacificación .	103
2.2.1. La acción política, social y material	103

2.2.2. Actuaciones respecto a los españoles instalados en la Zona	108
2.3. La información	110
2.4. La «metodología interventora»	122
2.4.1. La política de atracción	123
2.4.2. El ejercicio de la intervención cerca de las autoridades	131
2.4.3. Relaciones con los servicios técnicos de la Alta Comisaría	137
3. El interventor y la oficina de Intervención	157
3.1. Cualidades y actitudes que se exigían al interventor ideal	158
3.2. Estímulos: gratificaciones, haberes y premios	164
3.3. La deficiente actuación de algunos interventores	172
3.4. La oficina de Intervención	178
4. La formación y la selección de los interventores	199
4.1. Medidas adoptadas hasta la dominación de la Zona ...	199
4.2. Materialización de algunas iniciativas tras la dominación de la Zona	205
4.3. Las reformas llevadas a cabo durante la II República ..	211
4.3.1. La regulación del ingreso, los ascensos y los nombramientos	212
4.3.2. El curso de perfeccionamiento para interventores de 1935	221
4.4. Las actuaciones llevadas a cabo durante la guerra civil y la inmediata posguerra	225
4.4.1. La falta de personal interventor y el ajuste de las plantillas	225
4.4.2. La formación y la selección hasta la organización de la Academia de Interventores	228
4.5. La Academia de Interventores	233
4.5.1. Condiciones que debían reunir los aspirantes y los alumnos admitidos	234
4.5.2. El director, los profesores y el régimen académico y disciplinario	238
4.5.3. Duración, estructura general y grado de dificultad de los cursos	240
4.6. Los materiales para la formación de los interventores ..	248
Conclusiones	271
Bibliografía	279

Prólogo

Estamos en tiempo de revisiones. No sólo para adaptar instituciones al paso del tiempo, sino para evaluar el paso del tiempo sobre las acciones pasadas. Le toca también su turno a la colonización española en el Norte de África, cuando ya ha transcurrido medio siglo de andadura independiente del país colonizado, Marruecos. Aún cuando no haya concluido del todo el proceso descolonizador en el Sahara Occidental.

Cada generación revisa la historia a la luz de las cuentas que debe rendir a sus conciudadanos. La larga duración del franquismo retardó la revisión del protectorado en Marruecos, pues ni se daban las condiciones para el ejercicio crítico de una revisión ni tampoco era asunto que importase demasiado, ni a la opinión pública, alejada histórica y culturalmente de su vecino marroquí, ni a los historiadores que consideraron «menores» los estudios consagrados a nuestras colonias. No fue fácil imponer la legitimidad de estas revisiones para los que dentro de la academia defendieron este campo de estudios en los años setenta, pretendiendo, como hizo Víctor Morales Lezcano, efectuar las primeras revisiones.

Aunque con retraso, pues, comienza a interesar hoy qué hizo España en Marruecos y cómo lo hizo. En lo que va de siglo, en los últimos seis años, se ha producido una concentración de trabajos sobre el período colonial que permite hablar de una auténtica revitalización de lo que casi constituye hoy un «género»: María Rosa de Madariaga, Eloy Martín Corrales, Vicente Moga, Josep Lluís Mateo Dieste, Claudia Barona, José Antonio González Alcantud, Fernando Rodríguez Mediano, Helena de Felipe, Francisco Sánchez Ruano, Mimoun Aziza, Dris Essounani, entre otros, constituyen ya una nómina crecida de quienes se interesan por estos estudios.

Conviene sin embargo recordar que el inicio de la revisión de la colonización española en Marruecos arranca en 1973 con un libro clási-

co publicado en la Editorial Ruedo Ibérico por Miguel Martín –seudónimo del periodista Fernando López Agudín– titulado *El colonialismo español en Marruecos*. La obra fue realizada en circunstancias particulares (su autor aprovechó un encierro involuntario en momentos de clandestinidad para escribirlo), escrita por un no especialista preocupado por la cuestión en razón de su origen melillense, e intrigado, como deja claro en la introducción de su libro, por el hecho de que hasta entonces no se hubiera redactado ni una sola obra de revisión del colonialismo español en la zona norte marroquí. Esta obra pionera se centró en un balance y una autocrítica de las oportunidades perdidas por la izquierda española para haber cambiado, desde una gestión diferente de la cuestión colonial, el curso de nuestra historia de España. La sugerente hipótesis del autor –que más tarde desarrollaría en un libro de testimonio Abel Paz–¹ pecaba de idealismo, pero mostraba hasta qué punto las historias de España y de Marruecos van asociadas. El libro de Miguel Martín se convirtió en una obra de culto entre cierta historiografía progresista española y marroquí, mereciendo una traducción en árabe en 1988² y siendo citada hasta la saciedad por autores españoles fácilmente dados a la autoflagelación o marroquíes proclives a flagelar a los vecinos.

Conviene no olvidar las primeras revisiones historiográficas realizadas por los citados Víctor Morales Lezcano o María Rosa de Madañaga ya desde 1976. Tardarían en llegar otras revisiones, que incluyeron reediciones de clásicos publicados durante el protectorado, gracias sobre todo a la labor incansable de Vicente Moga³ o a la capacidad de rescatar del olvido llevada a cabo por Manuela Marín.⁴

Llegó el turno más tarde de las verdaderas revisiones bibliográficas. De la verdadera puesta al día de una bibliografía de variable calidad pero que merecía una evaluación objetiva que permitiese en algunos casos llegar hasta la rehabilitación. Esa labor fue comenzada, de manera sistemática en lo que a la bibliografía geográfica se refiere, por un equipo de las universidades de Girona, Autónoma de Barcelona y Pompeu Fabra en el que se encontraba José Luis Villanova, autor del libro que ahora presento. La obra que resultó de aquella revisión, coordinada por Joan Nogué y el mismo Villanova, *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*,⁵ fue un primer balance que permitía, como señalé en el prólogo redactado para aquella obra, «establecer el puente entre el ayer y el hoy», evaluando buena parte del material que encierran nuestros archivos.

José Luis Villanova publicó en 2004 su obra *El Protectorado de España en Marruecos. Organización política y territorial*,⁶ en la que sentaba las bases sobre las que se instaló el Protectorado, desmenuzando los organismos metropolitanos que dirigieron la política colo-

nial, las distintas oficinas, direcciones generales o ministerios de los que dependió la acción en Marruecos, a través de una Alta Comisaría de cuyos mecanismos, reestructuraciones y poderes daba también cumplida cuenta. Como la institución del protectorado se apoyaba en la ficción del mantenimiento de una estructura estatal gobernada por un Sultán, a la que daba sostén la autoridad colonial, la Alta Comisaría gobernaba en el norte marroquí en paralelo a un Majzén jalifiano con competencias en el ámbito de la justicia religiosa y de un limitado control territorial ejercido en las cabilas a través de los caïdes. Sus mecanismos, instituciones y límites fueron bien estudiados por Villanova en esta anterior obra, convertida en referencia para conocer cómo funcionó el Protectorado de España en Marruecos.

Faltaba ahora conocer a fondo la estructura humana sobre la que se instaló el control político del territorio, en paralelo a los agentes del Majzén jalifiano: la institución de los interventores. Este es el tema del libro que ahora prologo, *Los interventores. La piedra angular del Protectorado español en Marruecos*. Según recoge Villanova en una investigación minuciosa llevada a cabo en diferentes archivos españoles, el interventor era «el hombre para todo», como afirmaba el delegado para Asuntos Indígenas Alfredo Galera, el «factótum» de la política en la zona, el que pateaba el territorio, obtenía información, controlaba el desarme de la población, ayudaba al médico en el control de las enfermedades o en la localización de epidemias, al mismo tiempo que era el censor de lectores, el vigilante de la educación, el mediador en justicia, informante económico, metereólogo, controlador del pago de impuestos y un largo etcétera.

Pero por encima de todo el interventor era «informador», a través de sus hojas diarias y de sus resúmenes mensuales, convertidas hoy, escondidas en los archivos de la Administración, en crónicas exhaustivas de la vida cotidiana en el territorio. Un resumen de la hoja diaria debía transmitirlo telegráficamente, buscando así que las autoridades tuvieran información casi en directo de los sucesos más importantes en todos los rincones del Protectorado.

Para desarrollar bien su tarea, y así lo señala José Luis Villanova, recogiendo las opiniones de la época, hubiera sido necesario dar a los interventores una formación profunda sobre la organización social, influencia de las zagüías o cofradías religiosas, de las tradiciones, usos y costumbres, sentido de la autoridad, tanto de Marruecos en general, del funcionamiento histórico del Majzen, como muy en particular de las regiones que le tocó colonizar a España. A falta de eso, los interventores debieron ser eternos autodidactas hasta que en 1946 llegara a crearse la Academia de Interventores.

Extraña que se tardara tanto tiempo, 34 años desde el establecimien-

to del Protectorado, en crear una institución para formar a quienes se consideraba como la «célula básica», el «cimiento del edificio colonial marroquí» en expresión de Tomás García Figueras. Ya en 1844 Serafín Estébanez Calderón en su *Manual del Oficial en Marruecos* hablaba de la necesidad de ir preparando el personal para una eventual acción colonial en el norte de África y el brigadier Crispín Ximenez de Sandoval en sus *Memorias sobre la Argelia*, escritas tras la comisión de estudio que en aquel mismo año llevó a cabo en Argelia, se detuvo en describir con prolijidad las oficinas de negocios árabes encargadas del estudio de las tradiciones y constitución de la sociedad norteafricana que establecieron en su colonia los franceses.⁷ En 1904, cuando las cuestiones de Marruecos empezaron a removerse en España y la posibilidad de un reparto del país empezaba a entereverse, el arabista Julián Ribera diseñó y logró llevar a la *Gaceta de Madrid* –aunque de manera puramente formal, sin lograr concretarse en realidad– un Centro en el que se formasen en lengua, historia, costumbres, leyes y tradiciones el personal civil o militar encargado de una futura acción colonial: cónsules, militares, comerciantes. A pesar de que este mismo arabista formaría parte de la Junta para la Enseñanza en Marruecos creada en 1913, los objetivos de aquel centro no se lograron. Años más tarde, como recuerda en su libro José Luis Villanova, Pedro Maestre y Francisco Franco propusieron la creación de una Escuela de interventores en la que insistió Miguel Primo de Rivera en 1925 bajo la forma de Escuela de estudios marroquíes, con el objetivo de unificar el adoctrinamiento del personal en torno a la sociología, el derecho islámico y los idiomas marroquíes. El general Sanjurjo pensó también en crear en 1927 una Escuela de intervenciones para civiles y militares, pero los celos corporativos provocados entre cónsules y castrenses llevaron a que se limitara a unos cursos de perfeccionamiento para interventores. De ahí que se fuera demorando hasta 1946 la creación de dicha Academia, que sólo pudo dar sus frutos en la última década del Protectorado.

El interventor era presentado en la asignatura «Metodología interventora», que habían de estudiar los candidatos en la Academia, como «hombre joven, cristiano, generoso y dado a la hidalguía» y algunos de ellos, que habrían de desempeñar su cargo con la pericia de un Emilio Blanco Izaga, se autodefinieron como “adelantados del imperio» dispuestos a ejercer un verdadero “apostolado español». Pero estas cualidades y fervor ideológico debían ponerse al servicio de una acción intensa, evitando que nada escapase a su control. Sin embargo no todos los interventores van a dejar una huella equivalente. Mientras algunos caerán en una rutina burocrática, otros van a aprovechar sus más o menos prolongadas estancias para dejar constancia en verdade-

ros tratados y estudios sobre la sociedad norteafricana. Este fue el caso del citado Emilio Blanco Izaga, varias de cuyas obras han sido rescatadas y reeditadas recientemente.⁸ Sus trabajos son prueba de la voluntad de trascender su responsabilidad militar. Uno de ellos, el que dedicó al estudio de las leyes de usos rifeñas, viene precedido de una recomendación a los interventores que ilustra su pasión por el conocimiento de un país y su ambición por dejar constancia de ello:

Interventores:

Del naufragio de la prosa oficial, salvado por la publicidad cuanto vuestro abnegado servicio y particular afición os permita investigar y sirva para el más exacto conocimiento del País: la mejor escuela, la real; la única doctrina, la verdad, el método más eficaz, el propio esfuerzo.⁹

Esfuerzo que no salió del ámbito militar, conocimiento que no trascendió al mundo académico, que ignoró en todo momento el trabajo que figuras como la de Emilio Blanco Izaga, o la de traductores e intérpretes como Clemente Cerdeira,¹⁰ llevaron a cabo en los años del Protectorado. En otros pagos esfuerzos parecidos tuvieron su continuidad en un reconocimiento académico que llevó a una figura como la de Jacques Berque al *Collège de France*, convertido en uno de los grandes del orientalismo –dicho sea sin su connotación negativa, tan a la moda– francés y universal. Berque, quien comenzara en 1934 en los senderos equivalentes a los de los interventores españoles, junto a los trashumantes Beni Meskin de El Buruy, con las obras de Durkheim bajo el brazo y la vida pastoral marroquí como maestra. Por ingratitud, ignorancia o arrogancia de nuestros universitarios, ninguno de nuestros modestos interventores gozó en vida de la necesaria rehabilitación académica que figuras como la de Berque o la de Vincent Monteil lograron.

La obra de José Luis Villanova nos permite adentrarnos en las luces y en las sombras del trabajo cotidiano del interventor, en la naturaleza de su función y en la huella que dejó en la realidad marroquí de su época. Obra importante de revisión historiográfica, nos ayudará a comprender con claridad y detalle cómo fue el día a día de la colonización española en el norte marroquí.

BERNABÉ LÓPEZ GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid